

El primer buque al cual llegó el bote de Nisbet está probado que fué el *Sea-Horse*, en el cual una ó dos horas antes había cenado Nelson con sus capitanes bajo la presidencia de Mrs. Freemantle; mas no fué posible reducir á Nelson á que subiese á bordo, aunque en ello le fuera la vida.

«Preferiría la muerte—decía,—á alarmar á Mrs. Freemantle, presentándomele en este estado, cuando no puedo darle noticias de su esposo.»

Entonces se dirigieron al *Theseus*. Cuando Nelson llegó á su propio buque, dió muestra de su indomable valor rehusando todo auxilio para subir á su bordo. Despreciando el dolor que sufría, estaba impaciente porque el bote volviese al sitio donde había naufragado el *Fox* para ver si podía salvar á alguna más de su gente.

Así, pidiendo que le arrojasen un cable por un costado del buque, se asió á él con la mano izquierda diciendo con la mayor firmeza: «Dejadme solo. Tengo todavía mis piernas y me queda un brazo. Decid al cirujano que se apresure y disponga sus instrumentos. Conozco que he de perder mi brazo derecho: cuanto más pronto, mejor.»

Ninguna prueba mayor de la inquebrantable fortaleza de Nelson.

¿Y qué ocurrió entretanto al resto de la fuerza que atacaba á la ciudad?

El Capitán Trowbridge había equivocado en la obscuridad la situación del muelle, pero efectuó el desembarco, bajo las baterías de Santa Cruz, donde se le unieron los hombres de dos ó tres botes.

Formada la pequeña fuerza con algún orden, la condujo á la gran plaza de la ciudad, esperando encontrar allí al Almirante y al resto de la fuerza. Entonces envió un sargento, acompañado de dos paisanos que había cogido prisioneros, para que intimase la rendición de la ciudadela, pero el mensajero no retornó.

Trowbridge aguardó algún tiempo con la esperanza de encontrar á sus amigos, pero no viendo señal alguna de la presencia del grueso del ejército, marchó á reunirse con los capitanes Hood y Miller, que habían desembarcado por el Sud Oeste.

Ignorante de la desgracia de Nelson y pensando lo peor, pasó la noche tristemente y cuando rompió el día, Trowbridge descubrió que con él estaban 80 soldados de marina, 80 armados con pica y 180 marineros con arma corta, únicos que sobrevivieron de la partida de ataque y seguramente un número muy insuficiente para apoderarse de Santa Cruz.

No desmayó, sin embargo, y habiendo obtenido municiones de los prisioneros que había cogido, pues las únicas que tenía se mojaron por las olas en el desembarco, el valiente pequeño ejército marchó en dirección de la ciudadela á intentar lo que se pudiese, aunque no disponía ni de escalas. Pero no llegaron á la ciudadela.

Todas las boca-calles estaban protegidas por piezas de campaña y varios miles de españoles, juntamente con soldados franceses, estaban sobre las armas, de suerte que el intento era completamente inútil.

Y Trowbridge en tal situación ¿no perdió la cabeza ni los nervios?

Acordado de que carecía de provisiones, tenía poca ó ninguna pólvora, no podía esperar obtenerlas ni recibir refuerzos, ni víveres, de los buques, porque se habían perdido los botes y sólo contaba con un puñado de hombres débiles y fatigados.

Sin embargo, cuando envió una bandera de tregua al Gobernador, manifestó que intentaba prender fuego á la ciudad, y que lo haría en el momento, si los españoles avanzaban una sola pulgada. Protestó que le causaría gran disgusto si se viera obligado á incendiar á Santa Cruz y que no tenía deseos de hacer daño á sus habitantes. Estaba dispuesto á celebrar un tratado bajo las siguientes condiciones:

Las tropas británicas se reembarcarían con todas sus armas.

Tomarían sus propios botes si alguno se hubiese salvado ó en otro caso se les facilitarían los necesarios.

Los ingleses se comprometerían á no molestar á la ciudad, ni á ninguna otra de las Islas Canarias durante la guerra.

Y todos los prisioneros de ambas partes serían devueltos.

Cuando estas condiciones fueron propuestas á D. Antonio, éste manifestó que los ingleses debían rendirse como prisioneros de guerra, á lo cual respondió el mensajero de Trowbridge que éste le había encargado que dijese que si las condiciones no eran aceptadas dentro de 5 minutos, el capitán Trowbridge incendiaría la ciudad y atacaría á la bayoneta á los españoles.

El Gobernador español estaba, sin embargo, muy satisfecho del triunfo obtenido y por ello accedió á las extraordinarias pretensiones de Trowbridge. Y entonces ocurrió uno de los más notables rasgos de este admirable episodio.

Tan pronto como se hizo el tratado, D. Antonio, con un espíritu altamente generoso y magnánimo, dispuso que los heridos ingleses fueran recibidos en los Hospitales de Santa Cruz y que á la gente de Trowbridge se le proporcionase los mejores alimentos y las ropas que se pudieran obtener. Luego hizo saber que los buques de la escuadra de Nelson podían enviar á tierra á su gente para hacer las compras de todo lo que la Isla pudiera suministrarles para sus necesidades.

Nelson, que apreciaba en lo que valía la bondad del Gobernador español, le escribió dándole las gracias por los sentimientos humanitarios que había desplegado y entre ambos jefes se cambiaron algunos regalos, entre ellos uno de Nelson, consistente en un casco de cerveza inglesa. Pero Nelson hizo más aún. Ofreció tomar á su cargo los despachos de D. Antonio para el Gobierno español, y así fué el primer mensajero de su propia derrota.